Esta Liga parece un imposible hasta para el mejor equipo de la historia. Esta Liga se hará muy larga, pero no para el Madrid, sino para el Barcelona, que firmó en Pamplona su segunda derrota del año, el séptimo de sus tropiezos a domicilio, marcado por los constantes resbalones sobre un césped helado. Algo así como una metáfora. Tras un primer tiempo plagado de errores de bulto, tras encomendar su destino a Cuenca y Tello, tras desquiciarse con el árbitro, el vigente campeón entregó el título ante Osasuna. No hay vuelta atrás. Ya lo admite hasta Guardiola.

De poco sirvieron las protestas a Paradas Romero por el hipotético 3-3 de Alexis, inhabilitado por la peinada anterior de Sergi Roberto. De nada valió el descanso a Iniesta y Xavi, con permiso hasta el martes en Leverkusen. Sobre una hierba congelada, incomodado al máximo por un Osasuna encomiable, entre tanto golpe y traspié, más que una filarmónica, el Barça pareció un vulgar batallón.

Quede la primera parte de Pamplona para el museo de los horrores azulgrana. En ese tiempo, sus futbolistas apenas supieron tenerse en pie. De jugar al fútbol, mejor ni hablar. Así que en 20 minutos, tras dos precisas combinaciones rojillas, Lekic marcó un doblete como quien lava. Había que frotarse los ojos, porque cualquier semejanza con la realidad era pura coincidencia. Cuando Valdés y Piqué querían salir jugando desde atrás, el balón no hacía caso. Más bien terminaba en la tribuna. Y cuando pisaba el área Messi, partiendo desde atrás, las musas corrían en dirección opuesta.

Tello y Cuenca

A un par de remates flojos del astro y a un 'offside' de Alexis mal pitado se redujo el catálogo ofensivo del Barça antes del descanso. Así que Guardiola debió renunciar a Pedro y Puyol para confiar su suerte a dos chicos de 20 años. Tello en la izquierda y Cuenca en la derecha. A base de profundidad y ambición, los chavales dieron un buen meneo al partido. Casi suficiente para empatarlo, sólo casi.

Porque entre el 2-1 de Alexis, obra y gracia de Cuenca, y el 3-1 de Raúl García, asistido por Nino, apenas hubo solución de continuidad. Ordenó Mendilíbar una presión adelantada más y Valdés pifió por abajo. Revés demasiado severo para este Barça, un coloso sin la ambición de antaño y abandonado por los dioses del fútbol. Porque cuando acosó por puro coraje, se estrelló contra Andrés Fernández, un ángel de la guarda bajo los palos del Sadar.

Únicamente Tello, con un magnífico quiebro y zurdazo a la red, pudo batirle desde entonces. Había 20 minutos por delante y no faltaban los motivos para pensar al menos en un empate. Sin embargo, el portero se hizo cargo de todo el trabajo ante Alexis, Messi y Fábregas, cuyo cabezazo postrero murió mansamente en sus manoplas. Esos fueron los estertores de este Barça, que se dejó la Liga en Pamplona. Definitiva, terminantemente.